

12. La cosmovisión bíblica

Todas nuestras doctrinas y prácticas, incluyendo lo que sabemos sobre la naturaleza humana y el estado de los muertos, están enmarcadas en la cosmovisión que hemos adoptado. El término «cosmovisión» se puede definir como un sistema de creencias, así como el marco integral de ideas y actitudes que tenemos sobre el mundo, sobre nosotros mismos y sobre la vida. Este sistema provee la perspectiva desde la cual vemos la existencia, la lente a través de la cual vemos la realidad y el filtro a través del cual filtramos lo que se ajusta o no se ajusta a nuestro marco ideológico. Desde una perspectiva humanista, todo, incluida nuestra cosmovisión, es solo una cuestión de elección personal, en gran medida influenciada por la comunidad en la que existimos. Sin embargo, desde una perspectiva bíblica, se trata de un asunto crucial que se debe definir por la Palabra de Dios.

Si bien hay algunas maneras útiles de iniciar el estudio de las cosmovisiones desde una perspectiva cristiana más general,¹ en este capítulo trataremos de hacer una evaluación concisa de las cosmovisiones dualista (occidental), monista (oriental) e integrada (bíblica) en lo que respecta a la naturaleza humana y el estado de los muertos.

El dualismo (occidental)

La palabra dualismo expresa la idea de que la realidad está formada por dos elementos distintos y contrastantes, como el bien y el mal o lo visible y lo invisible. La misma palabra también se usa comúnmente para expresar el concepto filosófico griego de que la persona está formada por un cuerpo mortal que alberga un alma inmortal, que se separa al morir.

En el *Fedón* de Platón, Sócrates sugiere que la purificación consiste en «separar al máximo el alma del cuerpo [...] tanto en el tiempo presente como en el más allá». En consecuencia, la muerte es vista como la «liberación y separación final del alma del cuerpo». Para Sócrates, todas las almas existían en consciencia y con sabiduría «antes de entrar en forma humana, separadas de los cuerpos», y seguían existiendo conscientemente para siempre porque eran “inmortales e imperecederas”.²

El dualismo platónico originó varias creencias y prácticas cristianas postapostólicas. Una de ellas fue la exclusión dualista del cuerpo de la «imagen» y «semejanza» de Dios en Génesis 1: 26, 27. Según J. Richard Middleton, «diversos intérpretes recurren a fuentes extrabíblicas, generalmente filosóficas, para interpretar la imagen [de Dios] y terminan leyendo los conceptos contemporáneos sobre nuestra humanidad en el texto de Génesis». Excluyen «el cuerpo de la imagen [...], afianzando así la lectura dualista de la condición humana».³ En lugar de valorar y cuidar el cuerpo físico como «templo del Espíritu Santo» (1 Cor. 6: 19), un buen grupo de monjes católicos antiguos y medievales adoptaron el celibato y el ascetismo bajo la suposición de que la flagelación del cuerpo purifica el alma.⁴ El dualismo platónico también llevó a Dante Alighieri (c. 1265-1321) a describir, en su famosa obra *La divina comedia*, a las almas desencarnadas que sufren en el infierno, las que se

purifican en el purgatorio y las que se regocijan en el paraíso.⁵

La visión dualista del ser humano también ha proporcionado el marco filosófico para la actual ideología de género: si el cuerpo y el alma están separados, entonces el alma (la mente) puede ser otra cosa. En consecuencia, el sexo, relacionado con el cuerpo; y el género, relacionado con la mente, también pueden ser distintos entre sí. Pero esta noción dualista contradice la visión bíblica del ser humano como un todo indivisible (Gén. 2: 7).

En su perspicaz libro *The End of Gender: Debunking the Myths About Sex and Identity in Our Society*, la neurocientífica sexual canadiense Debra Soh refuta nueve mitos sobre el género.⁶ Después de referirse a una película de la BBC que sugiere que hay más de cien géneros diferentes, Soh afirma enfáticamente: «No. Solo hay dos: varón y hembra. No hay evidencia científica que sugiera que existan otros géneros».⁷

El monismo (oriental)

El dualismo occidental fue crudamente desafiado por lo que Fritjof Capra (n. 1939) llamó «el renacimiento espiritual de las décadas de 1960 y 1970».⁸ conocido popularmente como el movimiento de la Nueva Era. Muy en deuda con el misticismo oriental del budismo, el hinduismo y el taoísmo, este «renacimiento» impulsó una cosmovisión de tipo monista que niega cualquier distinción entre la mente y la materia, o entre Dios y el mundo. Como uno de los portavoces más influyentes de ese movimiento, Capra combinó la física y el misticismo en una nueva visión integral y panteísta de la realidad, haciendo hincapié en «la unidad de todas las formas vivas» y «sus ritmos cíclicos de nacimiento y muerte» como «el orden dinámico del universo».⁹

El movimiento de la Nueva Era despersonalizó a Dios, al equiparlo con el universo mismo. Al despersonalizar a Dios, automáticamente divinizó a la humanidad, al hacer de cada ser humano una mera expresión de esa única mente universal. Con respecto a Dios, Erich Jantsch declara: «El hecho de que hayamos catalogado a la dinámica de organización propia de un sistema como su mente, permite que ahora podamos decir que Dios no es el creador, sino la mente del universo».¹⁰ Respecto a la humanidad, Francisco Di Biase agrega: «Cada individuo es un todo biopsicosocial dinámico, integrado con la naturaleza y el cosmos, no solo células y órganos que operan juntos. Un todo, cuya dinámica global, autoorganizada, genera nuevas propiedades, reflejando en el microcosmos del organismo humano el orden macrocósmico del organismo universal».¹¹ En su negación de la capacidad creativa de Dios, Alan Watts se aventura a decir: «Nosotros no “venimos” a este mundo, sino que salimos de él como las hojas de un árbol. Así como el océano “produce olas”, el universo “puebla”. Cada individuo es una expresión del reino de la naturaleza, un acto único del universo total».¹²

Según la Nueva Era, la muerte no vino a este mundo por el pecado de Adán y Eva (Rom. 5: 12), sino que es una parte esencial del ciclo interminable de renovación propia que caracterizan a la denominada «danza de la vida». Según Capra:

«La autorrenovación —la desintegración y el desarrollo de estructuras en ciclos continuos—, es un aspecto esencial de todo sistema vivo. Pero las estructuras que se reemplazan continuamente son en sí mismas organismos vivos. Desde su punto de

vista, la autorrenovación del sistema mayor es su propio ciclo de nacimiento y muerte. El nacimiento y la muerte, por lo tanto, aparecen ahora como un aspecto central de la autoorganización, la esencia misma de la vida. De hecho, todos los seres vivos que nos rodean se renuevan constantemente, lo cual también significa que todo lo que nos rodea muere constantemente. [...] Pero por cada organismo que muere, nace otro. La muerte, entonces, no es lo opuesto a la vida, sino un aspecto esencial de ella».¹³

El movimiento de la Nueva Era hace énfasis en una vida y educación integrales, así como en la llamada ecología profunda. Sin embargo, por muy atractivo que esto pueda sonar para algunos cristianos, todo está cargado de la cosmovisión monista en la que Dios no es más que la mente universal. En su importante libro *The New Age Movement and the Biblical Worldview* [El movimiento de la Nueva Era y la cosmovisión bíblica], John P. Newport ofrece un análisis crítico integral y útil de estos y otros postulados de la Nueva Era.¹⁴ En resumen, podemos afirmar que todo el movimiento es corrosivo para la comprensión bíblica de la naturaleza humana y el estado de los muertos.

Integrado (bíblico)

Si aceptamos el principio protestante de *sola Scriptura* (únicamente las Escrituras) en lo que respecta a los asuntos de doctrina y práctica, entonces ni la cosmovisión dualista occidental, conformada principalmente por la filosofía griega, ni la perspectiva monista oriental, arraigada fuertemente en el misticismo pagano, nos son aceptables. Cuando permitimos que la Biblia defina la comprensión de la naturaleza humana y el estado de los muertos surge un marcado contraste entre la cosmovisión bíblica y las dos cosmovisiones mencionadas anteriormente.

La cosmovisión bíblica gira en torno a Dios y su carácter. Él es el Creador y Sustentador de todo el universo (Gén. 1: 1; Juan 1: 1-3; Heb. 1: 2). Como tal, él no puede ser confundido con sus criaturas, como pretende la Nueva Era. Como Dios de amor, él no se complace con la muerte del impío (véase Eze. 33: 11). Como Dios justo, «no permitirá que la tentación sea mayor» de lo que podamos soportar (1 Cor. 10: 13, NTV). En consecuencia, la doctrina dualista de que las almas de los malvados son castigadas durante toda la eternidad por los pecados que cometieron durante su corta estancia en la tierra no refleja el carácter amoroso y justo de Dios.

Una comprensión clara de la naturaleza humana es esencial en el caso de la cosmovisión bíblica. Al respecto, la Biblia dice que «formó, pues, el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un alma viviente» (Gén. 2: 7, JBS) y que «el alma que peque, esa morirá» (Eze. 18: 20). Estos pasajes subrayan el concepto de que cada persona es un todo integrado y, en consecuencia, desmienten la teoría dualista de que el ser humano está formado por un cuerpo y un alma inmortal que permanece consciente después de la muerte del cuerpo. Además, la declaración de la Biblia de que «cada persona está destinada a morir una sola vez» (Heb. 9: 27, NTV) refuta la teoría de la Nueva Era de que la vida es una cadena continua de ciclos interminables de nacimientos y muertes.

El marco de la cosmovisión bíblica es el gran conflicto cósmico entre el bien y el mal.

Este marco nos ayuda a entender que: «¡El Señor es justo! [...] ¡No existe maldad en él!» (Sal. 92: 15, NTV). «Justo es Jehová en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras» (Sal. 145: 17). Significa que el mal no es coeterno con Dios. Tuvo un comienzo misterioso (Isa. 14: 12-15; Eze. 28: 12-19; Apoc. 12: 7-9) y tendrá un final durante el juicio final en el que todos los pecadores no arrepentidos se consumirán en «la segunda muerte» (Apoc. 20: 6; 21: 8; cf. Mal. 4: 1).

La cosmovisión dualista, por el contrario, eterniza el mal, ya que este nunca dejará de existir, aunque esa existencia se viva en el supuesto infierno que arde para siempre. La cosmovisión monista también se queda corta, ya que no proporciona una explicación convincente sobre la existencia del mal. De hecho, hace que la muerte sea coeterna con la vida, un concepto absolutamente antibíblico. Al final, la cosmovisión bíblica se eleva sobre las filosofías defectuosas de los seres humanos. Explica mejor la experiencia humana y ofrece la esperanza de un mañana mejor. Podemos esperar «un cielo nuevo y una tierra nueva, donde reinará la justicia» (2 Ped. 3: 13, RVC).

1. James W. Sire, *The Universe Next Door: A Basic Worldview Catalog*, 6a ed. (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2020); Ronald H. Nash, *Worldviews in Conflict: Choosing Christianity in a World of Ideas* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992). Véase también Thorleif Boman, *Hebrew Thought Compared With Greek*, trad. Jules L. Moreau (Nueva York: Norton, 1970); Richard E. Nisbett, *The Geography of Thought: How Asians and Westerners Think Differently . . . and Why* (Nueva York: Free Press, 2003).
2. Platón, *Phaedo*, trad. David Gallop, Oxford World's Classics (Oxford: Oxford University Press, 2009), p. 13, par. 67c-d; 26, par. 76c; 66, par. 106e-107a.
3. J. Richard Middleton, *The Liberating Image: The Imago Dei in Genesis 1* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2005), 17, 24; la *cursive* figura en el original.
4. Philip Schaff, *History of the Christian Church*, t. 2, *Ante-Nicene Christianity, A.D. 100-325*, 12a ed. (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1914), pp. 387-414.
5. Dante Alighieri, *The Divine Comedy*, trad. Henry W. Longfellow (Nueva York: Barnes & Noble, 2008).
6. Debra Soh, *The End of Gender: Debunking the Myths About Sex and Identity in Our Society* (Nueva York: Threshold Editions, 2020).
7. Soh, p. 68.
8. Fritjof Capra, *The Turning Point: Science, Society, and the Rising Culture* (Toronto: Bantam, 1983), p. 146
9. Capra, pp. 232, 415.
10. Erich Jantsch, *The Self-Organizing Universe: Scientific and Human Implications of the Emerging Paradigm of Evolution* (Oxford: Pergamon, 1980), p. 308.
11. Francisco Di Biase, *O Homem Holístico: A unidade mente-natureza* (Petrópolis, Rio de Janeiro, Brasil: Vozes, 1995), pp. 11, 12.
12. Alan Watts, *The Book: On the Taboo Against Knowing Who You Are* (Nueva York: Collier, 1967), p. 6; la *cursiva* figura en el original.
13. Capra, 282, 283.
14. John P. Newport, *The New Age Movement and the Biblical Worldview* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998).